

Tú, yo y el alzhéimer

Hola, soy Alma y esta es mi historia:

Este año me pasé todo el verano en casa de mis abuelos porque mis padres trabajaban. Todos los días jugaba con mis amigos en la calle, menos en la hora de la siesta, que todos estaban dormidos. En ese rato estaba con mi abuela.

Al principio noté que no se acordaba de algunas cosas, como donde estaba su abrigo o la olla exprés. Por la mañana me levantaba a las diez y media porque a las once iba primero a buscar a Carmen, Ana, Pablo, Martina y Carli. Después a Claudia, Ángela, Raquel y Raúl. Por último, iba a buscar a Zoe, Ona, Carla y Ania.

Jugábamos al escondite-pillapilla, la comba o la araña peluda. Esos juegos me encantaban porque disfruto mucho corriendo y todo lo que sea moverse. Todos los días jugábamos en la calle menos los días que llovía, que ahí nos montábamos cabañas con mantas, sillas y cojines dentro de las casas. También me gustaba sobre todo cuando no nos encontraban. Luego bajábamos a merendar y nos comíamos un bocadillo de aceite y jamón.



Jugábamos y jugábamos hasta las dos y media, que nos íbamos cada uno a nuestra casa a comer. Cuando llegaba a casa la comida estaba lista. — ¿Qué tal lo pasaste?— me preguntaban mientras comíamos. — Genial como siempre.— contestaba yo.

Hablábamos un poco de todo, pero sobre todo mi abuela me contaba cómo era la casa vieja antes de

arreglarla. A menudo mi abuelo preguntaba: —¿Felisa, le echaste sal? —Y yo qué sé— contestaba mi abuela.

Después de comer, mi abuelo se echaba la siesta mientras mi abuela y yo jugábamos al Córtez hasta las cinco o las cinco y media, que me iba otra vez a jugar a la calle con mis amigos y no me veían hasta las nueve y media que volvía a casa a cenar. Siempre cenaba corriendo porque después de cenar me iba y no volvía hasta las doce y media de la noche. Al llegar a casa leía un rato con mi abuela antes de irme a dormir. Cuando mi abuela me leía un cuento notaba que a veces se confundía con los nombres, como, por ejemplo, si me leía *Mortadelo y Filemón se van a Japón* decía: —Mira qué raro que la liebre y la tortuga se vayan a Laponia—.

A medida que pasaban los días, iba notando que mi abuela me trataba diferente. A veces me



llamaba Álvaro, que era su hijo mayor (mi padre). Cuando llegaba para comer había veces que la comida no estaba lista y le decía a mi abuela:

—¿Abuela, por qué no está la comida?

—¿Qué comida?

Había veces que se pensaba que estaba en el trabajo. Cuando eso pasaba, mi tío le decía:

—Mamá, estás en casa, no en el hospital— porque nos trataba como si fuéramos los pacientes y ella la enfermera. Una noche, hablando con mis padres, les conté que mi abuela estaba muy rara, que se olvidaba de algunas cosas sin importancia, pero también se olvidaba de cosas mucho más importantes como si estaba en casa o trabajando. Mis padres me dijeron que tenía Alzheimer, una enfermedad que hacía que la persona que lo tiene se olvidara de las cosas como

quién era su hijo. También me contaron que se acordaba mucho del pasado y nada del presente. Pasaron los días y, como me habían dicho mis padres, mi abuela iba perdiendo cada vez más la memoria. Yo me sentía triste porque sabía que un día no me reconocería.

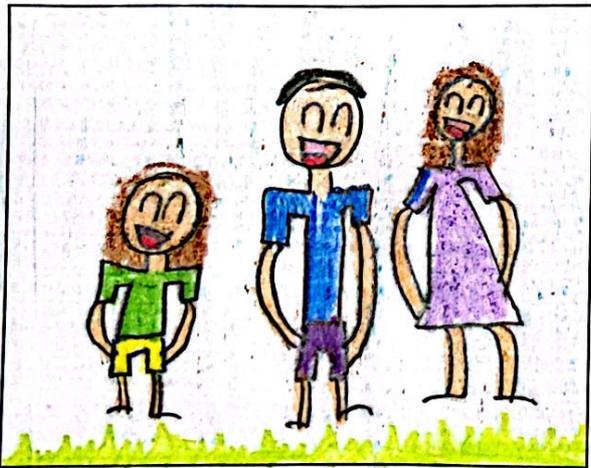
Seguía saliendo a la calle con mis amigos, pero cada vez menos porque mi abuela, ya que tenía Alzheimer, necesitaba mucha más ayuda que otras veces. Mi abuelo y mi tío también la ayudaban, pero no era suficiente, así que este verano fue muy diferente a como yo me lo había imaginado, aunque también estuvo bien porque mi tío tenía muchos juegos de mesa y jugábamos sin parar, sobre todo a un juego de *escape room*. También tenía libros y nos pasábamos mucho rato leyendo. Mi tío sabe muchos idiomas y a veces me leía cuentos chinos. Algunos días venían mis amigos a casa y así jugábamos a juegos de muchas personas.



Mi abuela seguía olvidándose de las cosas. Cada vez necesitaba más ayuda y el verano estaba a punto de terminar. Era 20 de agosto. Cada vez había menos personas en el pueblo y la gente que estaba se aburría más. Yo jugaba mucho tiempo en la calle, pero ahora estaba más tiempo que antes en casa. Las personas se iban yendo y de trece niños que éramos antes, ahora solo quedábamos siete. Lo seguíamos pasando muy bien, pero ahora jugábamos a juegos que, aunque éramos menos personas, también eran divertidos, como el balón prisionero, que con más de seis personas es suficiente. En esos días, lo que hacíamos normalmente era sentarnos en unas escaleras y hablar.

En casa hacía cosas muy diferentes a las de antes, como dibujar o recoger la casa. Venía antes para ayudar a poner la mesa. Cuando terminábamos, mi abuela veía la tele, mi abuelo se echaba la siesta y mi tío preparaba las cosas que iba a hacer sus alumnos. Y entonces yo jugaba con los *Lego* o con los *Playmobil*. Me pasaba horas jugando a juegos de mesa o muñecos. Me daba igual. Pero lo que sí me gustaba era jugar yo sola, porque así me metía en un mundo dentro de los juegos. Mi cabeza se metía tan dentro que me lo imaginaba como si fuera de verdad. Me hablaban de lejos y no hacía caso porque estaba súper atenta a lo que pasaba en el juego que yo me inventaba. Pero no siempre jugaba sola, a veces jugaba con mi tío o con mis amigos, depende del día. Y tampoco jugaba solamente a juegos de mesa ni con los muñecos.

Pasaron los días y mi abuela ya no me reconocía, ni a mis padres. Solo a mi abuelo y a la gente de su edad. Un día escuché a mis padres hablar. Estaban diciendo: —Mi madre está muy mal, creo que tendrá que venir a vivir con nosotros para que la podamos cuidar—.



Cuando me enteré de eso me llené de felicidad, porque quería mucho a mi abuela y la veía muy poco. La idea de que viniera a vivir con nosotros me pareció genial. Los últimos diez días de verano tuve que ayudar mucho más a mi abuela, porque no se acordaba de nada más que del pasado. Eso me ponía muy triste. Cinco días antes de que terminara el verano llegaron mis padres y me gustó que

vinieran, pero a la vez no, porque sabía que cuando llegaran se terminaría el verano. Lo que más me hubiera gustado en ese momento es que mi abuela se recuperara, pero sabía que eso no iba a ser posible. Por una vez tenía ganas de que terminase el verano y volver a casa, porque sabía que ese año estaría con mi abuela. Tres días antes de que empezara el cole nos fuimos a casa para adaptarnos a madrugar. Mi abuela vino con nosotros y le ayudamos en lo que necesitaba.

Yo pensaba muchas veces que hicimos mucho mejor trayéndola a casa es vez de llevarla a una residencia.

En los días siguientes ya estábamos en casa. Mi abuela seguía muy despistada.

—A mí también llevadme a manualidades— decía cuando íbamos a hacer la compra.

A veces también la llevamos con nosotros a las extraescolares. A ella le encantaba ver cómo juega al hockey, aunque no sabía lo que era.

—Qué bien haces esa cosa— me decía. Y yo siempre le contestaba: abuela, se llama hockey.

Un día la llevamos a montar a caballo y le gustó mucho. Quería ir todos los días y nos decía: ¿hoy podemos ir a montar en ese animal grande? No, solo los martes—contestaba yo. A veces por la mañana cuando mi madre tenía que ir a hacer la compra mi abuela iba con ella.

En el día a día viene con nosotros. Nos lleva o nos recoge del cole o nos acompaña a lo que vayamos a hacer. Aunque no me suele reconocer, a veces sí. Eso hacía que no me sintiera tan mal, porque al menos sé que tiene una buena vida y que está feliz. A menudo nos juntamos toda la familia, para que vieran a mi abuela, aunque no los reconociera se lo pasaba bien con ellos.

